

emprendido por venir a haceros felices? Os engaáis, americanos. ¿Abrazarían ellos ese cúmulo de trabajos por hacer dichosos a unos hombres que no conocen? El móvil de todas esas fatigas no es sino su sórdida avaricia; ellos no han venido sino por despojarnos de nuestros bienes, por quitarnos nuestras tierras, por ternos siempre avasallados bajo sus pies.

»Rompamos, americanos, estos lazos de ignominia con que nos han tenido ligados tanto tiempo; para conseguirlo, no necesitamos sino unirnos. Si nosotros no peleamos contra nosotros mismos, la guerra está concluida, y nuestros derechos a salvo. Unámonos, pues, todos los que hemos nacido en este dichoso suelo; veamos desde hoy como extranjeros y enemigos de nuestras prerrogativas a todos los que no son americanos.

»Establezcamos un Congreso que se componga de representantes de todas las ciudades, villas y lugares de este reino, que, teniendo por objeto principal mantener nuestra Santa Religión, dicte leyes suaves, benéficas y acomodadas a las circunstancias de este pueblo; ellos entonces gobernarán con la dulzura de padres, nos tratarán como a sus hermanos, desterrarán la pobreza, moderando la devastación del reino y

la extracción de su dinero, fomentarán las artes, se avisará la industria, haremos uso libre de las riquísimas producciones de nuestros feraces países, y a la vuelta de pocos años disfrutarán sus habitantes de todas las delicias que el Soberano Autor de la Naturaleza ha derramado sobre este vasto continente.»

«NOTA.—Entre las resmas de proclamas que nos han venido de la Península desde la irrupción en ella de los franceses, no se leerá una cuartilla de papel que contenga, ni aun indicada, excomunión de algún prelado de aquellas partes contra los que abrazasen la causa de Pepe Botellas, sin que nadie dude que sus ejércitos y constitución venían a destruir el cristianismo en España.

»Valladolid, diciembre 15 de 1810.» (1)

* * *

El primer órgano que tuvo la Revolución fué, probablemente, *El Despertador Americano*, que

(1) Colección de documentos para la historia de la guerra de la independencia de México, formada por J. E. Hernández y Dávalos. México, 1877-1882. Tomo I, documento núm. 54, y tomo II, documento núm. 164.

fundó en Guadalajara don Francisco Severo Maldonado, de Tepic, doctor en Teología y Cánones, talento penetrante y diáfano, dialéctico elocuente y bizarro. El carácter perjudicaba mucho a Maldonado: era *excesivamente extravagante y de una arrogancia y presunción inauditas* (Mora, *México y sus revoluciones*.) Era, tal vez, un degenerado superior.

El Despertador Americano tuvo vida efímera: cinco números se publicaron solamente. En el inicial, el ilustrado hijo de Tepic da a la estampa la primera proclama verdaderamente literaria de la revolución. La dirige a todos los habitantes de América. Está escrita con gran verbosidad y ardimiento:

«¡Nobles americanos! ¡Virtuosos criollos, celebrados de cuantos os conocen a fondo por la dulzura de vuestro carácter moral y por vuestra religión acendrada! Despertad al ruido de las cadenas que arrastráis ha tres siglos; abrid los ojos a vuestros verdaderos intereses, no os acobarden los sacrificios y privaciones que forzosamente acarrea toda revolución en su principio; volad al campo del honor; cubriós de gloria bajo la conducta del nuevo Washington que nos ha suscitado el cielo en su misericordia, de esa alma grande, llena de sabiduría y de bon-

dad, que tiene encantados nuestros corazones con el admirable conjunto de sus virtudes populares y republicanas. Coronáos de nuevos laureles, acabando de destrozar al enemigo o forzándole a adoptar nuestros designios saludables y patrióticos...

»¡Hermanos errantes! ¡Compatriotas seducidos! No fomentéis una irrupción de los españoles afrancesados en vuestra Patria, que la inundarían de todos los horrores del vandalismo y de la irreligión: los mismos europeos que entre nosotros habitan, por sus enlaces de todo género con los renegados, favorecen abiertamente esta irrupción y aspiran a ella con descaro manteniendo al reino indefenso. ¡Ciegos! Al resistir a nuestros hermanos libertadores, resistís a vuestro propio bien: os remacháis vosotros mismos la cadena de la servidumbre...»

.....

Dos meses después de editar *El Despertador Americano*, en mayo de 1811, el doctor Maldonado se separó del cura Hidalgo, pidió indulto, que le fué concedido, y comenzó a redactar un semanario, *El Telégrafo de Guadalajara*, en defensa de la causa realista. El lenguaje que usó en esta publicación es de una violencia y de una virulencia inusitadas. Su primer artículo, titula-

do *Discurso a los habitantes de América*, comienza así:

«Americanos: Libres ya de las cadenas de la violencia que nos impuso el apóstata más rapaz y sanguinario que jamás se ha visto, puede nuestra pluma en lo sucesivo ser el órgano de la verdad e intérprete de la justicia agraviada; ya podemos hablaros en la efusión de nuestro corazón, y descubriros nuestros más íntimos y verdaderos sentimientos. En esta época venturosa, en que los ejércitos del Rey triunfan por todas partes, en que la insurrección declina con rapidez, convirtiéndose, como lo previeron los sensatos, en unas meras cuadrillas de bandoleros, y en que podemos respirar de los horrores de ocho meses, es preciso aprovechar momentos tan preciosos, y levantar con fuerza la voz para desengañar a los pueblos miserablemente seducidos que corren precipitados a su ruina y la del reino entero. Ya hasta aquí hay materia de llanto para todo el siglo. ¿Qué corazón sensible, no digo a la voz del Evangelio, sino a los gritos de la Naturaleza, podrá recordar sin dolor lo acaecido en este período de tribulación? Tended la vista, si tenéis valor para hacerlo, sin experimentar las convulsiones del espanto, mirad todos los países inva-

didos por los enemigos de nuestro sosiego. ¿Qué descubris sino los recientes y deplorables estragos que han arrastrado consigo la anarquía, la confusión y el desorden, robos, saqueos, depredaciones, asesinatos, frutos aciagos y amargos de la proscripción más atroz y más injusta que el rencor, la irreligión, la ignorancia y la barbarie fulminaron contra millares de inocentes, unidos con nosotros por medio de los lazos más estrechos de la religión, la Naturaleza y la política?»

Hay, en todo el discurso, un tono vengativo y colérico, que deja sospechar alguna rencilla personal entre don Miguel Hidalgo y Costilla y don Francisco Severo Maldonado ¿Cuál fué ésta? ¿Qué viento de pasión hizo girar hacia rumbo contrario las energías del cura de Mascota? *Hidalgo es insultado, denigrado, maldecido, por su voluble correligionario, quien le llama infame y descarado sibarita, Sardanápalo sin honor y sin pudor, hidra abominable que el Infierno ha abortado.*

La cólera ciega a Maldonado, y, ya ciego, lo empuja al insulto, a la ofensa, a la calumnia. Sus desahogos, en fuerza de querer ser venenosos, llegan algunas veces a la puerilidad. Mas cuando logra serenarse este escritor impetuoso, expresa

su pensamiento con mucho vigor, con mucha belleza, en períodos armónicos y sólidamente trabados, en cláusulas de majestuosa y numerosa oratoria:

«Exalte Clavijero cuanto quiera la ilustración y conocimientos de los antiguos mexicanos; llénese en hora buena de la admiración y entusiasmo que justamente excita en el inteligente todo el artificio de la Rueda Astronómica, cuya exactitud prueba que ninguno de los pueblos antiguos supo arreglar mejor su Calendario; pondere sus descubrimientos sobre la eficacia y virtudes de muchas plantas para curación de las dolencias humanas; alabe, en fin, con todo encarecimiento, el primor y destreza con que fabricaban algunos tejidos de algodón, de pluma y del pelo fino de ciertos animales, su habilidad para fundiciones de metales, y para el corte y labores de las piedras más duras. Pero el filósofo, el observador sabio e imparcial de los hombres, sólo tendrá por ilustrados a los mexicanos de aquel tiempo, comparándolos con sus coetaneos los salvajes de las Islas y de Tierra firme.

»No tenían noción alguna de las ciencias, carecían de las artes liberales, y era muy imperfecto el estado en que poseían algunas de las mecáni-

cas. Su escritura, reducida al embarazo y difícil mecanismo de los emblemas o jeroglíficos, no era a propósito para hacer grandes progresos. Sus telas de algodón eran admirables, es verdad, por la finura e igualdad del hilado, por la viveza y duración del colorido, y por la belleza y primor de los matices; pero, no teniendo más instrumentos ni utensilios que el *malacate* y el *zozopaxtle*, y careciendo de tornos y telares, todos estos tejidos exigían un dispendio considerable de tiempo y una paciencia infinita, de que sólo es capaz el carácter flemático del indio. La agricultura, la primera y más esencial de las artes, la verdadera fuente del sustento, propagación y multiplicación de nuestra especie, apenas había salido de la infancia. Privados enteramente de toda clase de herramientas, y de los animales que son de tanto auxilio en los ramos más importantes del cultivo, no podían sacar de la tierra la mitad de las riquezas que ahora rinde con el trabajo combinado de hombres y animales. Sus cosechas, por más abundantes que fuesen, no eran bastantes a librarlos de los horrores del hambre que los aquejaba con frecuencia, precisándolos, no pocas veces, a devorar los más inmundos y asquerosos reptiles.

»Así es que, excepto México y algunas otras

comarcas, todo el vasto Continente no presentaba al espectador más que campos despoblados, chozas miserables, indios macilentos.

»Pero llegan los españoles a las costas de Nueva España, conducidos por una particular disposición de la Providencia, y todo comienza luego a cobrar nueva vida y nuevo aspecto. Los conductores de la verdadera libertad y religión, lo fueron también de las Ciencias y las Artes. Si, indios ingratos e injustos; los españoles establecieron desde luego entre vosotros escuelas gratuitas de primeras letras, para que aprendieseis a leer y escribir. Ellos fundaron Colegios en que os instruyeseis en todo género de conocimientos científicos. Ellos os comunicaron, entre otros, los de la Mineralogía, Docimástica, Química, Metalurgia, ciencias importantísimas cual otra alguna, y sin cuyo auxilio permanecerían aún sepultados en el seno de la tierra los inmensos tesoros que antes poseíais inútilmente y que la Naturaleza depositó en vuestros opulentísimos cerros. Ellos hicieron florecer en vuestro suelo la Agricultura, la Industria y el Comercio. Ellos se trajeron de la España los ganados caballar, vacuno, lanar y de cerda, absolutamente desconocidos en las Américas, y que os han servido de un socorro incomparable para vuestro alimento, vestido y

penosas faenas de labranza. Ellos trajeron consigo y os participaron semillas apreciables, capaces de reemplazar la falta o escasez del maíz, ensanchando increíblemente todos los ramos del cultivo, ceñido antes a la siembra y colección de este grano. A tamaños y tan inapreciables bienes han puesto los españoles el sello, manteniéndooos por trescientos años en el regazo y dulzuras de la más profunda paz.» (1)

Aquí el punto de vista es falso, porque la mayor parte de esos primores no pasó de la categoría de ley escrita ni fué debidamente llevada a la práctica; pero Maldonado supo dar a su reproche un emocionante acento de persuasión. Eso procura ser cuando lo dejan sus arrebatos iracundos: un persuasivo, que trata de salvar la razón y ponerla por encima del bullir hervoroso de sus pasiones. Su talento, muy bien cultivado, le permitía envolver en ropajes brillantes sus paradojas y sofismas, y dar correcta forma de argumentación a sus odios y rencores.

¿Hay en la actitud, de furibundo realista, de Maldonado, un fondo de venalidad o de miedo?

(1) *El Telégrafo de Guadalaxara*, 1 de julio de 1811.

Posiblemente, don José de la Cruz, dominador del tipo oriental en Guadalajara, protegió y sostuvo, forzó tal vez, esa actitud del cura de Mascota. Los biógrafos de éste, que es, sin duda, un personaje importante en el período revolucionario, tienen poco que decir de cuanto se refiere a la vida de Maldonado. Fué ella probablemente inquieta sólo de pensamiento. Sus turbulencias eran mentales. En los escritos que de Maldonado quedan, se percibe la potencia de un cerebro infatigable para elaborar el concepto. Se sorprende al *teorizante*. Antes que el doctor don José María Luis Mora, comenzó don Francisco Severo a ser sociólogo. Y sus teorías, más o menos utópicas, tuvieron, con frecuencia, apoyo en datos estadísticos y en preceptos de economía política, ciencia que fué él de los primeros en nombrar y conocer en Nueva España. Fantasea mucho, y en casi todo lo que escribe hay repentinos relampagueos de iluso. No por ello deja de ser un pensador de cierta profundidad, que atavía con donosura sus ideas, y que, cuando así lo desea, juega aparatosamente con la falacia. Soñó, en la madurez de su vida, con un proyecto de regeneración social, en el que se declara enemigo del Ejército. En algunas observaciones se adelantó a su época. A veces, su talento se per-

día en la metafísica de un deísmo de estilo *siglo XVIII*. Copio aquí uno de los rasgos de su extravagancia, contado por uno de sus biógrafos:

«La dedicatoria que nuestro compatriota puso al frente de su última obra, titulada *El triunfo de la especie humana*, y escrita con el objeto de persuadir de las ventajas del establecimiento de la escala de comunicaciones y centros agrícolas, industriales y mercantiles, en que pensaba, y que quiso realizar por sí mismo, da una idea de la energía de los sentimientos filantrópicos que animaban a Maldonado, no menos que de la confianza con que esperaba la realización de sus proyectos. Dice así: Al Rey — De la naturaleza, — Al Vice-Dios — De la tierra, — A la obra maestra — De la Bondad, Sabiduría y Omnipotencia — Del Ser Supremo: — Al hombre. — A la Universalidad de las Naciones — Esparcidas por la superficie — De la pequeña esferoide — En que gravitamos. — Al género humano — Envilecido y degradado — Por el despotismo y la miseria — Bajo el nivel y condición del bruto, — Para su pronta y completa reparación, — Y para la indefectible y rápida — Conquista — De todos sus derechos — Naturales e imprescriptibles, — Ofrece, dedica y consagra — Esta irresistible y

poderosa palanca — Su más activo y fiel representante. — El Cosmopolita.» (1)

Cuando la Independencia fué un hecho, el doctor Maldonado reapareció como partidario de ella. En 1821, perteneció a la Soberana Junta Provisional Gubernativa, en calidad de vocal. Alcanzó larga vida, amargada en los últimos años por una incurable ceguera.

* * *

El segundo periódico revolucionario fué *El Ilustrador Nacional*. Apareció hacia 1812, como órgano de la famosa Junta de Zitácuaro, al frente de la cual estaba el general don Ignacio Rayón, uno de los *Insurgentes* más constantes, más fieles, más decididos. En Sultepec, un criollo de admirable vigor moral, de comprensión profunda, rápido en la decisión, caprichoso y violento en el carácter, de muy educado ingenio, el doctor don José María Cos, fundó este periódico, sin recursos, sin elementos, construyendo con sus propias manos una imprenta, labrando

(1) *Diccionario de historia y geografía*, México, 1853-1856, artículo *Maldonado*.

en trozos de madera unos caracteres, usando de una mezcla de aceite y de añil como de tinta, poniendo no sólo su inteligencia y su sabiduría al servicio de la causa, sino también su inventiva, su trabajo mecánico, su impulso muscular, su industriosa habilidad.

El doctor Cos era todo vivacidad, ardimiento y fe. Un ansia de figurar, de ser el primero, de tener mando, de llegar al dominio y a la obediencia por la razón, de poner orden, cálculo y medida en el desordenado tumulto revolucionario, embargó constantemente su existencia política. Como a hombre de acción y de pasión, nunca lo abandonó el ímpetu; pero no era éste ciego ni desatentado, como el de otros de sus compañeros, sino, por el contrario, casi siempre engendrado en el raciocinio y en el cálculo.

Toda su vida anterior a la revolución lo abonaba.

Había sido maestro de retórica y latinidad; de filosofía y de teología. El Obispado de Guadalajara y la Intendencia de Zacatecas le habían dado comisiones delicadas y honoríficas. Su espíritu se había disciplinado en el estudio y en la cátedra.

De ahí que sus proclamas tengan un acento de conciliación, un aire de convicción y de re-

flexión. La que escribió en Pátzcuaro el 21 de octubre de 1814 así lo demuestra:

«Españoles habitantes de América: Habiendo variado la constitución de nuestro suelo, así por los sucesos inopinados de la Europa como por nuestra organización interior, deben también variar nuestros sentimientos, nuestras operaciones y lenguaje. Las voces crueles, bárbaras e impolíticas de un pueblo arrebatado, que clamó en los primeros transportes de su conmoción ¡*Mueran los gachupines!*, exacerbaron vuestros ánimos, y la poca fe, con que debía contarse, de una plebe agitada, sin dirección y sin sistema, puede disculpar el desprecio con que habéis recibido por una y otra vez nuestras amigables propuestas. Hoy, la nación, casi toda, está sujeta a cierta forma de gobierno, que sabe respetar los derechos de la fe pública y el idioma de la urbanidad; que os convida a formar una masa común de ciudadanos iguales, y os propone sincera y francamente la paz por tercera vez. La experiencia funesta de cuatro años de guerra nos ha convencido plenamente de que, si no tenemos los unos y los otros una fuerza bastante para dominarnos en breve, no nos faltan arbitrios para mantener nuestra lid destructora, hostili-

zarnos y consumirnos sordamente. Hagamos, pues, un esfuerzo sobre nuestro propio entusiasmo, y despreciando las ilusiones ridículas del fanatismo y la manía de querer grabar en el pueblo rudo ideas quiméricas de la prosperidad de España, perdida ya para siempre, pensemos seriamente en volvernos la paz y la felicidad a que unos y otros aspiramos.

»Uníos a nosotros. Este es el desenlace más fácil que puede tener la acción en que nos vemos empeñados antes que las relaciones exteriores constituyan a esta nación inculta en el riesgo de ser juguete de las astucias de otra nación extranjera. Uníos a nosotros: vuestras personas serán respetadas y libres vuestras posesiones. Uníos a nosotros: os veremos como hermanos, y, borrándose con esto todos los agravios recíprocos, correremos a recibirlos con la oliva y a estrecharlos sinceramente en nuestros brazos.» (1)

En esta *tirada* se ve la cordialidad de un hombre que, sobreponiéndose a sus habituales violencias, dominando las vivacidades de su carác-

(1) *Colección de documentos*, ya citada, de Hernández Dávalos. Tomo V, documento 182.